

nos que su alma, Gilberto volvió bruscamente la calle, empujó el resorte de la puerta de Rousseau y subió la escalera.

El pañuelo que contenía los treinta billetes de Banco encerraba también la llave del desván.

Gilberto se precipitó en él como se hubiera precipitado en el Sena si este río corriese por aquel sitio. Luego, como la noche estaba hermosa, y las nubes, á la manera de copos de nieve, se balanceaban en el azulado cielo; como de los tilos y castaños de Indias se desprendía á favor del crepúsculo de la tarde una suave fragancia, y como el murciélago iba á golpear con sus silenciosas alas los vidrios del ventanillo, Gilberto, vuelto á la vida por todas esas sensaciones, se acercó al ventanillo, y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellón del jardín en que en otro tiempo había hallado á Andrea, á quien creía perdida para siempre, sintió despedazarse su corazón, y cayó casi desmayado sobre el borde del ventanillo, con la mente sumergida en una vaga y estúpida contemplación.

XIX

En que Gilberto ve que es mas fácil cometer un crimen que vencer una preocupación

Á medida que iba disminuyéndose la sensación dolorosa que se había apoderado de Gilberto, sus ideas eran más claras y precisas.

En este intermedio la oscuridad que iba haciéndose más densa, le impidió distinguir nada, y entonces se apoderó de él un invencible deseo de ver los árboles, la casa y las alamedas que la oscuridad acababa de confundir en una sola masa sobre la cual flotaba el aire extraviado como sobre un abismo.

Recordó que una noche, en tiempos más felices, había querido adquirir noticias de Andrea, verla y aun oírla hablar, y que con peligro de su vida, cuando aun padecía de resultas de los acontecimientos del 31 de mayo, se había deslizado á lo largo del tubo de los canales desde el piso hasta abajo, es decir, hasta el bienaventurado suelo del jardín.

En aquel tiempo era muy peligroso el penetrar en aquella casa donde vivía el barón, y donde Andrea estaba tan bien guardada, y sin embargo, á pesar de ese peligro, Gilberto recordaba lo muy dulce que era aquella situación y con cuánto gozo había palpitado su corazón cuando oía el sonido de su voz.

— Veamos, dijo para sí, si vuelvo á comenzar, si voy por última vez á buscar el sitio en que estuvo pre-

sente; si voy otra vez á buscar de rodillas en la arena de las calles de árboles, la huella adorada que han dejado impresa los pasos de mi querida.

Esta palabra, esta palabra espantosa si la hubieran oído, fué pronunciada por Gilberto en voz casi alta, complaciéndose en ello de un modo extraño.

Gilberto interrumpió su monólogo para fijar una mirada profunda en el sitio en que suponía debía estar el pabellón. Luego, al cabo de un instante de silencio é investigación:

— Nada indica, añadió, que el pabellón esté habitado por otros inquilinos; pues ni se ve luz, ni se oye ruido, ni hay ninguna puerta abierta. ¡Vamos, pues!

Gilberto tenía un mérito, que era el de que, una vez tomada una resolución, la ejecutaba con rapidez. Abrió la puerta de su buhardilla, bajó á tientas como un silfo por delante de la puerta de Rousseau, y así que llegó al primer piso, se agarró con valor al canalón de plomo y se dejó deslizar hasta el suelo á riesgo de echar á perder aquellos calzones tan flamantes aun aquella mañana.

Cuando llegó al pie de la espaldera, volvió á sentir todas las emociones de su primera visita al pabellón, crujió la arena bajo sus plantas, y reconoció la puertecita por donde Nicole había introducido al señor de Beausire.

En fin, se dirigió á la gradería exterior para aplicar sus labios á la manecilla de cobre de la persiana, diciendo para sí que sin duda la mano de Andrea la había tocado muchas veces. El crimen de Gilberto había convertido su amor en una especie de religión.

De súbito hizo estremecer al joven un ruido interior, débil y sordo como el de un paso ligero sobre el pavimento.

Gilberto retrocedió.

Su rostro estaba lívido, y al mismo tiempo su razón tan trastornada de diez días á aquella parte, que al divisar una luz que penetraba por las rendijas de la puerta, creyó que la superstición, esa hija de la ignorancia y los remordimientos, encendía en sus ojos una de sus siniestras antorchas, y que esta antorcha era la que se trasparentaba en las hojas de la persiana. Creyó que su alma, cargada de terrores, evocaba otra alma, y que había llegado la hora de una de esas alucinaciones que experimentan los locos ó los apasionados de un modo extravagante.

Y entretanto seguían acercándose los pasos y la luz. Gilberto veía y oía sin dar crédito á sus ojos y oídos; pero de pronto se abrió la persiana en el momento en que el joven se aproximaba para mirar á través de las hojas, y con el choque fué á dar contra la pared lanzando un grito y cayendo de rodillas.

Lo que así le prosternaba no era tanto el choque como la vista, pues en aquella casa que él creía desierta y á cuya puerta había llamado sin que le respondieran, acababa de ver aparecer Andrea.

La joven, pues efectivamente era ella y no su sombra, exhaló un grito como Gilberto; luego, menos asustada, porque sin duda esperaba á alguien:

— ¿Quién está ahí? preguntó, ¿quién sois? ¿qué queréis?

— ¡Oh! perdón! perdón, señorita! murmuró Gilberto con el rostro humildemente inclinado al suelo.

— ¡Gilberto, Gilberto aquí! exclamó Andrea con una sorpresa exenta de miedo y furor; ¡Gilberto en este jardín! ¿Qué venís á hacer aquí, amigo mío?

Estas últimas palabras vibraron dolorosamente hasta el fondo del corazón del joven.

— ¡Oh! dijo con voz conmovida; no me agobiéis, señorita; sed misericordiosa, porque he sufrido tanto!

Andrea miró á Gilberto con asombro, y como mujer que no entendía absolutamente á qué venía aquella humildad :

— Ante todo, dijo, levantaos y explicadme cómo es que os halláis aquí.

— ¡ Oh ! señorita ; exclamó Gilberto, ¡ no me levantaré mientras que no me hayáis perdonado !

— ¡ Pues qué habéis hecho contra mí para que os perdone ? replicó ; explicaos : en todo caso, siguió diciendo con melancólica sonrisa, como la ofensa no puede ser grande, el perdón será fácil. ¿ Ha sido Felipe el que os ha dado la llave ?

— ¡ La llave ?

— Sin duda, pues habíamos convenido en que no abriría á nadie estando él ausente, y para que vos hayáis entrado, es preciso que sea él el que os ha facilitado los medios, á no ser que hayáis saltado por encima de las paredes.

— ¿ Vuestro hermano el señorito Felipe ? dijo Gilberto tartamudeando ; no, no, no ha sido él ; pero no se trata de vuestro hermano, señorita : ¿ conque no os habéis marchado ? ¿ conque no habéis dejado la Francia ? ¡ Oh ! qué dicha tan inesperada !

Gilberto se apoyó sobre una rodilla, y con los brazos abiertos daba gracias al cielo con extraordinaria buena fe.

Andrea se inclinó hacia él, y mirándole con inquietud :

— Señor Gilberto, le dijo, habláis como si estuvierais loco, y vais á rasgarme el vestido ; soltad pues, y pongamos fin á esta comedia.

Gilberto se levantó.

— Ya estáis enfadada, dijo ; pero no tengo de qué quejarme, porque hartó lo he merecido : sé que no debí presentarme de este modo ; pero ¿ qué queréis ?

no sabía que vivíais en este pabellón, lo creía vacío, solitario, y venía á buscar en él recuerdos vuestros, nada más... Sólo la casualidad... Verdaderamente no sé lo que digo ; dispensadme : primero quería dirigirme á vuestro señor padre, más también había desparecido.

Andrea hizo un movimiento.

— ¡ Á mi padre ! dijo, ¿ y para qué ?

Gilberto se engañó con aquella respuesta.

— ¡ Oh ! porque os temo demasiado, dijo ; y sin embargo, ya sé que más vale que todo pase entre nosotros, pues este es el medio más seguro de que todo quede reparado.

— ¡ Reparado ! decidme, ¿ qué es lo que debe repararse ?

Gilberto la miró con ojos llenos de amor y humildad.

— ¡ Oh ! no os irritéis, dijo ; ya sé que es gran temeridad de mi parte, siendo como soy tan poca cosa ; digo que es una temeridad levantar los ojos tan alto ; pero ya está consumada la desgracia.

Andrea hizo un movimiento.

— El delito, si así lo queréis, prosiguió Gilberto ; el delito, porque real y verdaderamente es un delito muy grande. Pues bien, acusad á la fatalidad, señorita, pero nunca á mi corazón....

— ¡ Vuestro corazón, vuestro delito, la fatalidad !... Señor Gilberto, estáis loco y me causáis miedo.

— ¡ Oh ! es imposible que os inspire otro sentimiento que no sea compasión, cuando os muestro tanto respeto y remordimiento ; cuando os hablo con la frente inclinada y juntando las manos. Señorita, escuchad lo que voy á deciros, en el concepto de que es un compromiso que contraigo en presencia de Dios y de los hombres. Quiero que toda mi vida esté consa-

grada á expiar el error de un momento ; quiero que vuestra dicha futura sea tan grande que borre todos los dolores pasados. Señorita.....

Gilberto vaciló.

— Señorita, consentid en un matrimonio que santifique una unión criminal.

Andrea retrocedió un paso.

— No, no, dijo Gilberto, no estoy loco ; no tratéis de huir, no me arranquéis estas manos que estrecho en las mías ; por favor, por compasión... consentid en ser mi esposa.

— ¡ Vuestra esposa ! exclamó Andrea, creyendo que ella era la que iba á volverse loca.

— ¡ Oh ! continuó Gilberto lanzando ahogados gemidos ; ¡ oh ! decid que me perdonáis esa noche horrible ; decid que mi atentado os causa horror, pero que me perdonáis al ver mi arrepentimiento ; decid que mi amor, comprimido tanto tiempo, justificaba mi delito.

— ¡ Miserable ! gritó Andrea con bárbara furia, ¿ con que fuiste tú ? ¡ Oh ! Dios mío, Dios mío !

Y Andrea apretó la cabeza entre sus manos, como para impedir que huyera su indignado pensamiento.

Gilberto retrocedió mudo y petrificado ante aquella hermosa y pálida cabeza de Medusa, que dejaba ver á un mismo tiempo espanto y asombro.

— ¡ Esta desgracia era lo único que me faltaba, Dios mío ! exclamó la joven, de quien se apoderó una exaltación que iba en aumento ; mi nombre está doblemente deshonrado ; ¡ deshonrado por el delito y por el delincuente ! ¡ Responde, infame ! ¡ Responde, miserable ! ¿ Conque fuiste tú ?

— ¡ No sabía nada !... murmuró Gilberto anonadado.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! gritó Andrea entrando en su aposento. ¡ Felipe ! ¡ Felipe ! socórreme !

Gilberto, que la había seguido sombrío y desesperado, buscó con la vista en torno suyo un sitio en que caer noblemente bajo los golpes que esperaba, ó un arma con que defenderse.

Pero nadie acudió á los gritos de Andrea, porque estaba sola en su aposento.

— ¡ Sola ! ¡ oh ! estar sola ! exclamó la joven en el colmo de la desesperación y la rabia. ¡ Sal de aquí, miserable ! ¡ no provoques la ira de Dios !

Gilberto levantó suavemente la cabeza.

— Vuestra cólera, murmuró, es para mí la más temible ; ¡ no me abruméis, pues, señorita ! ¡ compadeceos de mí !

Y juntó las manos en ademán de súplica.

— ¡ Asesino ! asesino ! asesino ! gritó la joven.

— ¿ Conque no queréis escucharme ? exclamó Gilberto ; al menos, oídme, y en seguida mandad que me maten, si queréis.

— ¡ Que te oiga ! ¡ También ese suplicio ! ¡ Y qué es lo que tienes que decirme ?

— Lo que dije hace un momento ; que he cometido un crimen, crimen muy perdonable para el que lea mi corazón, y que vengo á repararlo.

— ¡ Oh ! exclamó Andrea. ¡ Ahora conozco el sentido de esa palabra que me causaba horror antes de comprenderla :... ¡ un matrimonio ! ¿ Creo que habéis pronunciado esa palabra ?

— ¡ Señorita ! balbuceó Gilberto.

— ¡ Un matrimonio ! prosiguió la altanera joven exaltándose cada vez más. ¡ Oh ! no es ira la que siento hacia vos, sino desprecio y odio ; y con este desprecio experimento también un sentimiento, que no come

prendo como hay quien pueda soportar sin morir se la expresión con que yo os lo arrojo á la cara.

Gilberto se puso pálido, y á sus párpados asomaban dos lágrimas de rabia; sus labios se adelgazaban quedándose tan blancos como dos hilos de nácar.

— Señorita, dijo estremeciéndose, no valgo tan poco que no pueda reparar la pérdida de vuestra honra.

Andrea se indignó aun más y dijo con orgullo:

— Si se tratase de honra perdida, sería la vuestra y no la mía. Tal como me veis, mi honra está sin mancha, y solo la perdería casándome con vos!

— Yo no creía, respondió Gilberto con tono frío é incisivo, que para una mujer que es madre, hubiese en el mundo otra consideración que la del porvenir de su hijo.

— Y yo no supongo que os atreváis á ocuparos de esto, replicó Andrea con ojos centellantes.

— Al contrario, me ocupo de ello, señorita, respondió Gilberto empezando á enderezarse bajo el encarnizado pie que le hollaba. Me ocupo, porque no quiero que ese hijo muera de hambre, como sucede con frecuencia en las casas de los nobles, cuyas hijas entienden el honor á su manera. Los hombres valen tanto unos como otros, y hombres de un mérito superior al de los demás han proclamado esta máxima. Concibo el que no me améis, porque no veis mi corazón; pero lo que nunca concebiré es el que me neguéis el derecho de ocuparme de mi hijo. ¡Ay! tratando de casarme con vos, no lo hacía para satisfacer un deseo, una pasión ó una ambición, sino para cumplir con un deber, condenándome á ser vuestro esclavo y dándoos mi vida. ¡Dios mío! no hubiérais llevado jamás mi nombre, si hubieseis querido, y hubierais seguido tratándome como al jardinero Gilberto: esto era justo; pero no debíais sacrificar á vuestro hijo. He aquí

300,000 libras que me ha dado por vía de dote un generoso protector que me ha juzgado de distinto modo que vos. Si os casáis conmigo, este dinero es mío; y como yo, señorita, no necesito nada más que un poco de aire para respirar, si vivo, y un sepulcro para enterrar mi cuerpo, si muero, lo demás que tengo se lo doy á mi hijo; tomad, ahí tenéis las 300,000 libras.

Y puso sobre la mesa, casi bajo la mano de Andrea, el paquete de billetes.

— ¡Estáis en un grave error! dijo Andrea, ¡vos no tenéis ningún hijo!

— ¡Yo?

— ¡Pues de qué hijo habláis? preguntó la joven.

— Del que lleváis en vuestro seno. ¿No habéis confesado delante de dos personas, que son vuestro hermano Felipe y el conde de Bálamo, que estabais en cinta, y que era yo... yo, el desventurado?...

— ¡Ah! vos habéis oído eso! exclamó Andrea. Pues bien; tanto mejor, entonces tanto mejor. He aquí lo que os respondo: Me habéis violado de un modo infame; me habéis poseído estando dormida, me habéis poseído por medio de un crimen; verdad es que soy madre; pero mi hijo solo tiene madre, ¿lo oís? Me habéis forzado, es verdad; ¡pero no sois el padre de mi hijo!

Y cogiendo los billetes, los arrojó con desdén fuera de la habitación, de tal modo que rozaron en el aire la cara descolorida del desventurado Gilberto.

Entonces sintió éste un arrebato de furor tan sombrío, que el ángel custodio de Andrea debió temblar por ella otra vez.

Pero aquel furor se contuvo por su misma violencia, y el joven pasó por delante de Andrea sin dirigirle siquiera una mirada.

No bien había traspuesto el umbral de la puerta, Andrea se lanzó detrás de él, y cerró puertas, persianas, ventanas y contraventanas, como si con aquella acción violenta pusiera el universo entre el presente y el pasado.

XX

Resolución

Cómo volvió Gilberto á su buhardilla; cómo pudo, sin expirar de dolor y rabia, soportar las angustias de la noche; cómo no se levantó, cuando menos, con los cabellos blancos, cosa es que no trataremos de explicar al lector.

Cuando amaneció, Gilberto sintió un violento deseo de escribir á Andrea, para presentarle todos los argumentos tan sólidos y llenos de probidad que la noche había hecho brotar de su cerebro; pero había experimentado ya en demasiadas ocasiones el inflexible carácter de la joven, y no le quedaba ninguna esperanza. Por otra parte, el escribirle era una concesión que repugnaba á su orgullo, y pensando que su carta sería rasgada y arrojada tal vez sin ser leída, figurándose que sólo serviría para indicar su pista á una trailla de enemigos encarnizados é ignorantes, se decidió á no escribir.

Entonces se le figuró á Gilberto que su petición podía ser mejor escuchada del padre, que era un avaro y un ambicioso; y del hermano, que era un hombre de buen corazón, y de quien sólo podía temerse el primer impulso. Pero, decía allá para sí, ¿de qué me servirá estar apoyado por el señor de Taverney ó por Felipe, si Andrea me perseguirá con su eterno: ¡No os conozco!

— Está bien, añadió en su interior; nada me liga ya á esa mujer; pues ella misma ha tenido cuidado de romper los lazos que nos unían.

Y diciendo esto, se revolcaba lleno de dolor sobre su colchón, recordando con rabia los menores detalles de la voz y del semblante de Andrea, y sufriendo un tormento inexplicable, porque la amaba con frenesí.

Cuando el sol, que ya estaba bastante alto en el horizonte, penetró en la buhardilla, Gilberto se levantó vasilante con la última esperanza de percibir á su enemiga en el jardín ó en el pabellón.

Eso era para él una alegría en su desgracia.

Pero de súbito, una amarga oleada de despecho, de remordimientos y de cólera, anegó su pensamiento; recordó todos los disgustos y desprecios que le había hecho sufrir la joven, y parándose en medio de la buhardilla por una orden irresistible dada por la voluntad á la materia, dijo:

— ¡No! no, no irás á mirar á esa ventana; no, no te infiltrarás más el veneno con que te complaces en matarte. Es una cruel la que, cuando tú inclinabas la frente ante ella, jamás se ha sonreído, jamás te ha dirigido una palabra de consuelo ó de amistad; la que se ha complacido en desgarrar con sus uñas tu corazón cuando todavía estaba lleno de inocencia y casto amor. Es una criatura sin honor ni religión la que niega al hijo su padre, su apoyo natural, y condena á la pobre criatura al olvido, á la miseria, tal vez á la muerte, puesto que ese hijo deshonor las entrañas en que ha sido concebido. Pues bien; Gilberto, por muy criminal que hayas sido, por grande que sea tu amor y tu cobardía, te prohibo que te acerques al ventanillo y dirijas una sola mirada hacia el pabellón; te prohibo que te compadezcas de la suerte de esa mujer, y que debilites los resortes de tu alma pensando en todo lo

que ha pasado. Consume tu vida, como el bruto, en el trabajo y la satisfacción de tus necesidades; consume el tiempo que va á transcurrir entre la afrenta y la venganza, y ten siempre presente que el único medio de respetarte aun, y hacerte superior á esos nobles orgullosos, es el ser más noble que ellos.

Pálido, temblando, aunque impelido por el corazón hacia el ventanillo, obedeció á la orden del espíritu, y se dirigió hacia la escalera, lentamente y paso á paso, como si sus pies hubiesen echado raíces en aquel cuarto. Al fin salió para ir á casa de Bálamo; pero variando de parecer súbitamente, exclamó:

— ¡Qué loco estoy! qué cabeza tan desarreglada tengo! Hablaba de venganza, según creo, pero ¿qué venganza he de tomar? ¿Mataré a esa mujer? ¡Oh, no! pues al morir se tendría por dichosa en echarme á la cara una injuria más! ¿La deshonraré públicamente? ¡Oh! eso es propio de un hombre vil!... Hay un punto sensible en el alma de esa criatura, en que mi alfilerazo puede causar tanto dolor como una puñalada... Necesita que la humillen;... sí, porque es aun más orgullosa que yo... ¡Humillarla yo!... ¿y cómo? Nada tengo, nada soy, y sin duda va á desaparecer. Seguramente la castigaría de un modo cruel con mi presencia, con apariciones frecuentes, dirigiéndole miradas de desprecio ó provocación. Bien sé que esa madre sin entrañas sería una hermana sin corazón y mandaría á su hermano á que me matase; pero, ¿quién me impide aprender á matar á un hombre, como he aprendido a raciocinar ó á escribir? ¿quién me impide que derribe por tierra á Felipe, que lo desarme y me ría en los hocicos del vengador como en los de la agraviada?... No, ese es un medio de comedia; y muchas veces cuenta uno con su habilidad y experiencia sin calcular la intervención de Dios ó la casuali-

dad... Solo, yo solo, con mi brazo desarmado, con una razón despojada de imágenes, con la fuerza muscular que me dió la naturaleza, y con mi vigoroso pensamiento, aniquilaré los proyectos de esos desdichados... ¿Qué quiere Andrea? ¿qué posee? ¿qué alega para defenderse y llenarme de oprobio?... Examinemos.

Luego, en el borde del saledizo de la pared, encorvado y con los ojos clavados en el suelo, se puso á meditar profundamente.

— Lo que puede agradar á Andrea, dijo, es lo que yo aborrezco: es preciso pues destruir todo lo que aborrezco... ¡Destruir! ¡Oh! no... ¡Que mi venganza no me induzca á obrar mal! qué jamás me obligue á valerme del acero ó del fuego! ¿Qué me queda entonces? Helo aquí: buscar la causa de la superioridad de Andrea; ver por medio de qué cadena va á aprisionar á un mismo tiempo mi corazón y mi brazo... ¡Oh! no volver á verla!... ¡Pasar sin que ella me mire!... ¡Pasar, digo, á dos pasos de esa mujer, cuando sonriéndose con su insolente hermosura, lleve de la mano á su hijo, á su hijo que nunca me conocerá!... ¡Malditos sean el cielo y la tierra!

Y Gilberto acentuó esta frase dando un furioso puñetazo en la pared, y lanzando una imprecación más terrible todavía, que voló hacia el cielo.

— ¡Su hijo! Aquí está el secreto. ¡Es preciso que nunca posea ese hijo, á quien acostumbraría á aborrecer el nombre de Gilberto; es preciso, al contrario, que sepa que ese hijo crecerá aprendiendo á odiar el nombre de Andrea! ¡En una palabra, ese hijo á quien ella no querría, á quien tal vez atormentaría, porque tiene mal corazón, ese hijo con que me estaría castigando perpetuamente, es preciso que nunca lo vea Andrea, y que lance, cuando lo haya perdido, rugidos

semejantes al de la leona á quien quitan sus cachorros!

Gilberto se incorporó embellecido por la ira y una alegría bárbara.

— Esto es, dijo, extendiendo el puño hacia el pabellón de Andrea; me has condenado á la vergüenza, á la soledad, al remordimiento y al amor, y yo te condeno á sufrir sin utilidad, á vivir aislada, á la afrenta, al terror y á un odio sin venganza. Me buscarás, pero ya habré huido; llamarás al hijo, aunque sea para despedazarle si le encuentras, pero á lo menos habré encendido en tu alma una hoguera de furiosos deseos; habré clavado en tu corazón una hoja sin puño!... ¡Sí, sí, el hijo! Y lo tendré, Andrea; no tu hijo, como dices, sino el mío. Gilberto tendrá á su hijo, hijo noble por parte de madre... ¡Mi hijo! mi hijo!

Y fué animándose insensiblemente hasta enajenarse de gozo.

— Vamos, dijo, no se trata de un despecho vulgar ni de entregarse á lamentaciones pastoriles, sino de un soberbio complot. Ya no debo mandar á mis ojos que no vayan á mirar al pabellón, sino disponer que toda mi fuerza, toda mi alma vele para asegurar el buen éxito de mi empresa. ¡Velaré, pues, Andrea! dijo en tono solemne acercándose á la ventana; velaré de día, y de noche, y no harás un movimiento sin que yo lo espíe; no arrojarás un grito de dolor sin que yo te prometa otro dolor más agudo; no mostrarás una sonrisa sin que yo conteste con otra risa sardónica é insultante. ¡Andrea, eres presa mía; una parte tuya es mi bien, y desde hoy velo; sí, velo!

Entonces se acercó al ventanillo y vió las persianas del pabellón, deslizándose la sombra de Andrea sobre las cortinas y sobre el cielo raso del cuarto, reflejada sin duda por algún espejo.

En seguida llegó Felipe, que se había levantado más temprano, pero que había estado trabajando en su cuarto, situado detrás del de Andrea.

Gilberto notó cuán animada era la conversación de los dos hermanos, y seguramente hablaban de él, de la escena de la víspera, pues Felipe se paseaba con una especie de perplejidad. Quizá había cambiado la llegada de Gilberto los proyectos de instalación, y tal vez iban á buscar en otra parte la paz, la oscuridad y el olvido.

Cuando á Gilberto se le ocurrió esta idea, convirtieron sus ojos en rayos luminosos que hubieran abrazado el pabellón y penetrado hasta el centro del mundo.

Pero casi al punto entró por la puerta del jardín una criada provista de una recomendación. Andrea la admitió, pues inmediatamente instaló su paquete de ropa en la habitación que Nicole ocupaba en otro tiempo : en seguida varias compras de muebles, utensilios y provisiones confirmaron al vigilante Gilberto en la certeza de que los dos hermanos pensaban vivir allí pacíficamente.

Felipe examinó y mandó examinar con el mayor cuidado las cerraduras de la puerta del jardín, lo cual probó más que nada á Gilberto que sospechaban había entrado con una llave falsa que quizá le había dado Nicole. Así es que en presencia de Felipe mudó un cerrajero las guardas de la cerradura.

Aquella fué la primera alegría que Gilberto sintió después de todos los sucesos referidos.

Sonrióse irónicamente, murmurando :

— ¡ Pobres gentes ! No son muy peligrosas, puesto que la toman con la cerradura y no me creen con fuerzas para escalar las paredes !... ¡ Muy ruin idea han formado de tí, Gilberto ! Tanto mejor. Sí, Andrea, añadió, á pesar de las cerraduras de tu puerta, podría

penetrar en tu casa si quisiera... Pero en fin ahora me toca á mi el ser dichoso, te miro con desdén, y á menos que un capricho.....

Y al decir esto hizo una pirueta sobre sus talones remedando á los pisaverdes de la corte.

— Pero no, repuso con amargura : esto es más digno de mí : ¡ ya no os quiero !... ¡ Dormid sin cuidado ; para atormentaros á mis anchuras tengo medios mejores que el de poseeros ! ¡ Dormid !

Dejó el ventanillo, y después de echar una ojeada á su traje, bajó la escalera para ir á casa de Bálamo.